



William Somerset Maugham
UNA VILLA EN FLORENCIA

Traducción de Carlos Mayor



La villa estaba en lo alto de una colina. Desde la terraza delantera se disfrutaba de una vista soberbia de Florencia; detrás había un jardín maduro, con pocas flores, pero con unos árboles espléndidos, setos de boj recortado, senderos de hierba y una gruta artificial en la que el agua caía en cascada de un cuerno de la abundancia con una sonoridad fresca y argentada. Había construido la casa en el siglo XVI un noble florentino cuyos empobrecidos descendientes se la habían vendido a unos ingleses, que eran precisamente quienes se la habían prestado durante un tiempo a Mary Panton. A pesar de tener habitaciones amplias y de techos altos, la casa en sí no era demasiado grande y su ocupante se las apañaba muy bien con los tres criados que le habían dejado los dueños. Los muebles, un tanto escasos, eran antiguos y refinados, y el conjunto irradiaba cierto carácter; por otro lado, si bien no había calefacción central, de modo que a la llegada de la joven a finales

de marzo todavía hacía un frío glacial en el interior, los señores Leonard, los propietarios, habían hecho instalar baños y se podía habitar con bastante comodidad. Llegado ya el mes de junio, Mary pasaba la mayor parte del día, cuando se quedaba en casa, instalada en la terraza, desde la que veía las cúpulas y las torres de Florencia, o en el jardín trasero.

En las primeras semanas de su estancia había dedicado mucho tiempo a visitar los monumentos; había pasado mañanas placenteras en los Uffizi y en el Bargello, visitado las iglesias y paseado sin rumbo fijo por las viejas calles, pero desde entonces pocas veces bajaba a Florencia, salvo para almorzar o cenar con amigos. Se contentaba con sentarse tranquilamente en el jardín y leer algún libro, y cuando le apetecía salir prefería coger el Fiat y explorar los alrededores. Nada podía superar el encanto del paisaje toscano, con su refinada inocencia. Al contemplar los árboles frutales en flor y los primeros brotes de los álamos, con aquel vivo color que tanto contrastaba con el gris perenne de los olivos, la había invadido un sosiego que no esperaba volver a sentir. Después de la trágica muerte de su marido, hacía un año, y

de los meses de angustia en los que había tenido que estar siempre disponible por si querían verla los abogados que trataban de salvar los restos de la dilapidada fortuna del difunto, Mary había aceptado de buena gana cuando los Leonard le habían ofrecido aquella casa antigua y señorial para reposar y pensar en lo que podía hacer con su vida. Tras ocho años de derroches, y de vivir un matrimonio desdichado, a los treinta se encontraba en posesión de unas cuantas perlas de calidad y una renta que apenas le bastaba para mantenerse, siempre que la administrara con austeridad, lo cual era, al menos, mejor de lo que le habían augurado en un principio los abogados cuando le habían dicho con cara larga que, después de saldar las deudas, era de temer que no quedara nada de nada. En ese momento, después de pasar dos meses y medio en Florencia, Mary se sentía capaz incluso de afrontar esa perspectiva con serenidad. A su partida de Inglaterra, el viejo abogado, también viejo amigo, le había dado unas palmas en la mano.

—No tienes que preocuparte por nada, hija mía —le había dicho—, más que por recuperar la salud y

las fuerzas. A tu belleza no hago alusión, ya que no se resiente de nada. Eres joven y muy hermosa, y no dudo de que volverás a casarte. Pero la próxima vez que no sea por amor; es una equivocación; cástate por una buena posición social y por la compañía.